

Libros del Asteroide 

Marta San Miguel

Última escala



24 de marzo de 1916

Lo primero que hace Enrique Granados al embarcar en el *Sussex* es preguntar a un oficial por el piano del barco. Algunos pasajeros lo reconocen y se quitan el sombrero al pasar a su lado, pero la mayoría se santigua y mira por la borda porque están a punto de atravesar el Canal de la Mancha en plena guerra.

Granados siempre ha temido el mar y lo que hay bajo la superficie: cada vez que pone un pie en un barco, la vibración del agua le hace pensar en peces mitológicos, cangrejos gigantes o tentáculos capaces de atrapar los tobillos de un hombre y arrastrarlo hacia lo hondo.

El sur de Inglaterra es una ladera de acantilados de piedra blanca, pero esa visión luminosa desaparece en el puerto de Folkestone, desde donde van a partir. En el bar las sillas están apiladas, en los balcones apenas cuelga ropa de mujer y los barcos pesqueros están amarrados con el casco cubierto de esponjas de mar, percebes y algas muertas: así huele un país que ha llamado a filas a sus hombres.

Los pasajeros suben a bordo cabizbajos. Arrastran maletas, fardos, niños. Hay mujeres embarazadas, mujeres

de luto, hombres con periódicos bajo el brazo, varios soldados, un cura.

Este será su público en el último viaje a casa.

El oficial que lo acompaña lleva un uniforme blanco. Sus pasos suenan acompasados hasta que llegan al salón principal y el joven se detiene para abrirle la puerta. Enrique le mira a los ojos, pero solo encuentra una ensayada complacencia; sus guantes están impolutos, las borlas doradas brillan y los botones están lustrados. Casi puede creer que en el *Sussex* todo está bajo control. Entonces ve el piano.

La madera cruje al levantar la tapa, y cuando se asoma al interior de la caja, las cuerdas ennegrecidas por la humedad parecen gusanos. Sin sentarse, toca una escala y a algunas teclas les cuesta bajar más que a otras, como si ofrecieran resistencia a sus dedos por falta de uso, o quizá por lo contrario. Insiste con una pequeña melodía.

En el barco se ha corrido la voz de que el maestro Granados viajará con ellos hasta Francia y varios camareros que están colocando el servicio se detienen a escucharlo. El joven oficial le observa las manos y Enrique se las frota como si le temblaran de frío.

Servirá, dice, y cierra la tapa y acaricia el instrumento. Él también está cansado después de lo que ha vivido en Nueva York estos últimos meses.

A su alrededor todos susurran, le señalan, y se acercan varios marineros para que les firme un trozo de papel; pero la fama cobra su verdadero sentido en la mirada de su mujer. Hay una serenidad nueva en Amparo, tras años de paciente lucha: en su equipaje llevan una copa de plata con un cheque que le han regalado sus amigos

estadounidenses, y encima lleva el oro que le ha pagado el Metropolitan por las cinco funciones de su ópera, así que por primera vez en su vida van a poder vivir con holgura.

Por fin he visto mis sueños realizados. Es verdad que tengo la cabeza llena de cabellos blancos y que se puede decir que ahora empiezo mi obra, pero estoy lleno de confianza y de entusiasmo para trabajar más y más.

A diferencia del piano del *Sussex*, el del barco que los trajo desde Nueva York a Inglaterra hace unos días era un instrumento delicioso, jugoso y blando, más propio de un teatro que de un café-bar flotante.

El presidente Wilson se lo había asegurado: el *SS Rotterdam* era el mejor trasatlántico para hacer una travesía tan larga. Y era cierto. Al principio pensó que el presidente exageraba, que se lo decía para compensarle por haberle hecho retrasar su vuelta a España para actuar ante él y trescientos invitados en la Casa Blanca. El riesgo era real y Enrique había dudado cuando recibió la invitación: si su mujer y él se quedaban más días, perderían los billetes para volver directos a casa por una ruta segura en un barco español. Pero al final aceptó y ahora se ha convertido en el primer pianista español en tocar en la Casa Blanca.

Su terror al mar parecía distinto los primeros días de viaje y a bordo de aquel trasatlántico casi se olvidó de la certeza que tuvo en Nueva York antes de partir: Estoy seguro de que el mar me matará, le dijo a la soprano Lucrecia Bori la noche antes. Pero ahora, a bordo del *Sussex*, el miedo vuelve a ser creíble.

Lo dicen los periódicos con esas letras enormes, negras como cruces, que el mar es el campo de batalla de los alemanes, ¿y si el riesgo que corren tiene que ver con su proyección y no con el dinero que por fin ha ganado? *Goyescas* ha colgado el cartel de no hay entradas y, a pesar de algunas críticas, el tenor Caruso le aplaudió tras el estreno; sin embargo, ahora que vuelve a casa con el dinero suficiente para saldar todas las deudas, daría lo que fuera por no estar aquí, por haber sido un simple maestro de academia, un pianista mediocre, uno más, uno de tantos. O eso se dice cuando escucha el rugido del viejo vapor.

Son las 14.25 horas cuando el capitán Mouffet da la orden de zarpar. Es viernes, 24 de marzo de 1916. En el *Sussex* viajan 53 tripulantes y 325 pasajeros; algunos dicen adiós con la mano a un paisaje arrugado por la niebla, pero él no quiere mirar afuera, ni pensar en la fuerza de las turbinas y el vapor de las calderas. Enrique está a punto de cumplir 49 años, se sienta al piano y empieza a interpretar una danza que vuelve simpática la torpeza con que se despega de la dársena el barco.

Un camarero le ofrece un vino templado. Lo bebe de un trago y sonrío a Amparo, que es la única de todo el pasaje que viste un vestido espléndido, peinada como si un fotógrafo la esperase en el puerto de Dieppe, la localidad francesa donde atracarán en apenas cinco horas.

Toca una mazurca, tonadillas, algunas piezas que improvisa sobre la marcha, toca varias *goyescas*. En la mesa de Amparo le ponen algo de almuerzo, pero no tiene apetito. Es tan pequeño este barco, tan grande el

azul de afuera, que baja la vista al teclado y sigue. Y cuando el capitán ordena un viraje repentino, ni se entera porque está demasiado concentrado en pisar los pedales como si subiera escaleras. Ya no tiembla, solo suda. Arranca varios aplausos y bises, que agradece secándose las manos en un pequeño pañuelo.

Un camarero se acerca para servirle un poco más de ese vino templado. Estamos a veinte millas, le dice, en menos de una hora habremos llegado. Y levanta la copa hacia su mujer, que está ausente, como a punto de sonreír, saboreando ella también lo que viene. Veinte millas. El reencontro con sus hijos es inminente. Le duelen los codos, los hombros, la parte baja de la espalda. Veinte millas.

Enrique deja de tocar. Y Amparo vuelve en sí.

Se levantan a la vez y, de la mano, abandonan entre aplausos el salón.

En ese momento, el reloj del *Sussex* marca las 15.50, la misma hora que marca el reloj del submarino alemán UB-29 que navega en las profundidades hacia ellos.

La bruma de la tarde difumina el sol en la cubierta y da al paisaje la impresión de un cuadro. El matrimonio se dirige a la proa del barco porque en cualquier momento verán aparecer la línea de costa francesa en el horizonte. Pronto llevará *Goyescas* a la Ópera de París, donde tenía que haberse estrenado si no hubiera estallado la guerra, y abraza a su esposa.

Ahora tendría que acabar y, en realidad, ahora empiezo. Sueño con París y tengo un mundo de proyectos. Toda mi alegría actual es más por lo que ha de venir que por lo hecho hasta ahora.

La niebla que antes era un adorno se empieza a espesar. El vaho de su aliento dibuja formas en el aire y

el frío se vuelve húmedo. Enrique se quita el abrigo y lo coloca sobre los hombros de Amparo, que está temblando.

Entremos, le dice.

Pero el mar revienta.

Un torpedo lanzado a 150 metros del barco impacta sobre el casco por babor y despedaza la proa, que se queda flotando cerca. El barco está desmembrado. Hay cuerpos inertes en cubierta, un niño y su madre yacen bajo la columna que segundos antes sostenía el puente de mando, el niño parece que mira al cielo con el cráneo hundido.

Enrique y Amparo están en el suelo, sobre una nube de cristales y espuma. Ninguno sabe nadar. Los pasajeros corren en direcciones opuestas. Una masa de cuerpos se les echa encima, los arrastra, los pisa. Alguien tira de ellos. Cuando Enrique vuelve a abrir los ojos, el cielo está gritando. Y está solo.

El capitán Mouffet aparece con sangre en la cara, está herido en el brazo y la rodilla. Las solapas blancas del uniforme recogen las gotas como un babero. Sus órdenes son claras y firmes. Grita en francés: atender a los heridos y que los pasajeros mantengan la calma porque el *Sussex* no se hunde. El tercer mamparo estanco no ha sufrido daños y todo el barco flota. Sin embargo, el ruido que hace el mar al succionar el pedazo de la proa suena como si lo masticara un leviatán.

Entra agua por la cubierta, los cuerpos sin vida de los tripulantes que estaban en la zona del impacto del torpedo aparecen flotando. Enrique busca a Amparo, pero

en su lugar halla trozos de piernas, cuerpos seccionados, cadáveres con la boca desencajada.

Una madre salta por la borda con su bebé en brazos, otros dos hombres la siguen; sus gritos son agudos, histéricos. Hay niños que se agarran a la barandilla porque no quieren saltar y un padre los deja atrás y se lanza afuera, como si el mar fuera más seguro que lo que queda a flote.

El trinquete ha desaparecido. Las antenas de comunicación están partidas como ramas secas. Pero el capitán ha mandado la señal de socorro y varios barcos han respondido. Suenan silbatos. Es cuestión de tiempo que llegue el rescate, grita, pero algunos tripulantes se deshacen de su uniforme y se lanzan desquiciados por la borda.

En medio de la brutalidad, Enrique busca a Amparo. Choca contra cuerpos que huyen sin tener adónde huir y se palpa a cada golpe el cinturón donde lleva escondido el oro. Huele a quemado, a metal fundido, no hay barandilla a la que agarrarse mientras trata de avanzar.

Un hombre está de pie y una mancha oscura, progresiva, se dibuja en su entrepierna. Alguien dispara una bengala que vuelve rojo el pánico en las caras.

Entonces la ve.

Ve su propio abrigo cubriendo el cuerpo de su mujer, su vestido voluminoso, inútil, el pelo de gala pegado a la cara por el agua o la sangre. Su cara es una máscara que no reconoce. Alguien la empuja, la mete dentro del bote junto a otras mujeres, y antes de que pueda sentarse, el bote cae al mar y varios cuerpos salen despedidos.

Enrique corre a la barandilla y lo último que distingue cuando se asoma es un pelo rubio y largo, de muerte ajena. Sin perder de vista a Amparo, salta en el bote que están arriando y cuando llega abajo y flota, agarra

los remos y empieza a remar con violencia hacia ella. El mar le escupe a la cara. Su mujer le ve, en su bote son demasiados y entra el agua y la empujan, y Granados rema más fuerte.

Pero da igual lo que hacen sus manos, porque el cuerpo al que lleva abrazado treinta años, el cuerpo que ha parido a sus hijos, ese cuerpo bendito y familiar que huele y tiene tacto, y que suena cuando lo toca, cae ante él como una piedra al fondo de un lago.

Entre el movimiento del agua, ve la cara de Amparo buscar la superficie y abrir la boca para morder el aire. Con los ojos desbordados le llama mientras se hunde. Y Enrique ya no escuchará nada más. Lo que está a punto de hacer es inevitable, es una fuerza espontánea de la naturaleza. Suelta los remos. Se pone de pie. No sabe nadar.

Y se lanza al mar.

El *Sussex* se mantendrá a flote, pero van a morir cincuenta personas. Según los testigos que los vieron por última vez, Enrique y Amparo se hundieron abrazados, arrastrados por las olas.